

## CHIRBES EN EL AULA. LA BUENA LETRA\*

### CHIRBES IN THE CLASSROOM

AGUSTINA PÉREZ LÓPEZ

Catedrática de Lengua y Literatura Castellanas

#### RESUMEN

La figura de Rafael Chirbes y su excepcional obra es, desafortunadamente, poco conocida en su tierra, el País Valenciano; y, en las comarcas de su infancia, la Safor y la Marina Alta. Este artículo pretende acercar a jóvenes estudiantes, en el aula, a un autor esencial que puede dar respuestas a muchas de sus inquietudes en un mundo lleno de incertidumbre. La novela *La buena letra* contiene en embrión toda la obra de Chirbes y es su libro más autobiográfico. En él, el profesorado podrá encontrar claves para introducir a los estudiantes en el rico mundo de Rafael Chirbes: literario, gastronómico, cinematográfico y de igualdad entre hombres y mujeres.

**PALABRAS CLAVE:** Rafael Chirbes, *La buena letra*, enseñanza, cine, gastronomía, igualdad.

#### ABSTRACT

The figure of Rafael Chirbes and his exceptional work is, unfortunately, little known in his land – the *País Valenciano*- and in the regions of his childhood, La Safor and La Marina Alta. This article aims to attract young students to an essential author who can answer many of their concerns in a world full of uncertainty. The novel *La buena letra* contains, in embryonic form, all of Chirbes' work and is his most autobiographical book. In it, teachers will find keys to introduce students to Rafael Chirbes' rich world: literary, gastronomic, cinematographic, and made of equality between men and women.

**KEYWORDS:** Rafael Chirbes, *La buena letra*, teaching, film, gastronomy, equality.

\* Recibido: 13-07-2023. Aceptado: 16-09-2023

Este texto fue leído en la Jornada “Rafael Chirbes, entre nosaltres”, en el marco de La Vall dels Llibres-2.<sup>a</sup> Fira d’editorials independents i de proximitat de la Valldigna, Monasterio de Santa María de la Valldigna, Valencia, el 24 de septiembre de 2022.

El 14 de abril de 1996, para conmemorar el día de la proclamación de la Segunda República española, Rafael Chirbes dio una charla en el instituto Suárez de Figueroa de Zafra. Y comenzó así, ante inquietos adolescentes:

Veis a un viejo sentado al sol. Está inmóvil y en silencio; a lo mejor, con los ojos entornados. Vosotros, que sois jóvenes y, en ese mismo instante, habláis, os reís, o corréis de un sitio para otro, es casi seguro que lo miráis desde una especie de superioridad. También es muy probable que estéis convencidos de que sois vosotros, y no él, quienes tenéis el sentido de las cosas. [...] Ese hombre tiene en su cabeza un mundo; o mejor dicho, su cabeza es un almacén en el que se guarda toda una forma de ver el mundo<sup>1</sup>.

E imagino cómo esos adolescentes hechizados empiezan a entender la sabiduría de las palabras y la pericia de un hombre que, como Chirbes, no solo tiene en su cabeza un mundo, sino que es capaz de transmitirlo de modo tan hermoso.

Y siguió diciéndoles:

Cuando uno quiere dejar constancia de algo debe escribirlo y escribirlo bien, con cuidado, con precisión. Y, como dice Carmen Martín Gaité, una gran escritora, en el libro más hermoso que escribió y que se titula *El cuento de nunca acabar*, cuanto más personal e íntimo sea lo que queremos contar, más rigurosos debemos ser en nuestra escritura<sup>2</sup>.

Y de inmediato pienso en *La buena letra*. La novela más autobiográfica de Rafael Chirbes, y un trabajo literario de precisión. Porque *La buena letra* está incrustada en su autor como una víscera, dice el editor Jorge Herralde. Mientras la escribía, la madre de Rafael Chirbes padecía demencia y él había perdido a dos amigos íntimos. La muerte y el dolor lo cercaban. Sufría mucho.

Cuando paso del recuerdo de mi propia muerte al recuerdo de mis amigos muertos [...] La idea de que yo mismo sigo el curso inexorable me va imponiendo la necesidad de contarlos a ellos, de rescatar pedazos de ellos, y del yo que muy pronto será la misma nada que ellos. Me asalta el recuerdo de nuestra infancia y juventud, de nuestras ilusiones rotas y, de repente, necesito emprender el esfuerzo de reparar en la medida de lo posible la injusticia que los ha arrebatado a ellos y la que muy pronto se cometerá también conmigo<sup>3</sup>.

---

1 CHIRBES, R., «Charla en el Instituto Suárez de Figueroa, 14 de abril de 1997», *Universo Chirbes, Anuario de la Fundació de la C.V. Rafael Chirbes*, número 0, año 2016, página 49). Publicado inicialmente en *El novelista perplejo*, Barcelona, Anagrama, 2002.

2 CHIRBES, R., art. cit., p. 50.

3 CHIRBES, R., «Última novela», en Anthony Percival (ed.), *Escritores ante el espejo. Estudio de la creatividad literaria*, Barcelona, Lumen, 1997, pp. 293-296 (pp. 293-294).

Chirbes confiesa, en sus diarios, que lloró leyendo este libro durante tres largos años.

No conseguía desprenderme de ella, me agobiaba, me la leía todos los días, en ocasiones dos y tres veces en el mismo día, y lloraba. Sí, me ponía a llorar. No sé qué nervio de dentro de mí ha tocado ese libro, pero me lo ha dejado en carne viva. Como si el libro y yo fuéramos lo mismo, animalitos temblorosos, irritables y asustadizos, en cualquier caso heridos<sup>4</sup>.

Diarios en los que, en estos años precisamente, se aprecia un largo vacío, fruto del sufrimiento.

La novela arrasó en Alemania más que en España. Se vendieron más de 50.000 ejemplares en una semana y desde entonces no ha dejado de leerse. *La buena letra* recibió en 1999, junto con *La larga marcha*, un galardón anual de los críticos de radio-televisión alemana. Así lo razona el acta del jurado:

El autor español relata con una cuidadosa prosa, tan reservada como insistente, qué consecuencias tuvieron y siguen teniendo allí la Guerra Civil y la dictadura de Franco, de las que en la gran política no se habla en absoluto. Sus libros recuerdan las humillaciones, el dolor, el vacío y los daños ocultos que llegan hasta la vida diaria, hasta la familia. Rafael Chirbes aguza la mirada sobre un capítulo de la historia contemporánea europea que ningún ganador conoce, sólo los perdedores.

Y así comenta Chirbes su sorpresa, ante el éxito, en sus diarios ya citados:

Mientras escribo estos diarios pienso en cómo puede extrañarme que me duela tanto *La buena letra* o descubrir que el libro se haya abierto paso casi sin contar conmigo. ¡Pero si se ha alimentado con esa papilla siniestra que se esconde detrás de estos cuadernos, con lo que no cuento, lo privado y lo público revuelto! «A mis sombras» lo encabecé. Esas sombras eran los que vivieron un tiempo que se desvanece en el ruido de la España contemporánea que se esfuerza por olvidarlos – mis padres, mi abuela, mis vecinos –, pero también esos fantasmas que van desapareciendo de mi vida...<sup>5</sup>.

Siempre tuvo con *La buena letra* una relación sentimental especial, a la vez que conflictiva. Sospechaba que Herralde no la supo entender y que no la había leído bien.

Hoy me ha llamado Herralde para decirme que acaba de leerse la nueva novela que le he mandado (*La buena letra*: esta vez tuve claro el título casi desde el principio, y, sin embargo, la novela ha hecho lo que ha querido con el autor). La publicará en primavera. Dice que le gusta, pero me da la impresión de que no demasiado. Me quedo rumiando. Quizá, si no ve que es un buen libro (y este, dicho así impudicamente, creo que lo es), no debería publicarlo. No me abandona la impresión de que no la ha leído bien, de que le parece una novela anticuada. [...]

4 CHIRBES, R., *Diarios. A ratos perdidos 1 y 2*, Barcelona, Anagrama, 2021, p. 210.

5 CHIRBES, R., *Diarios. A ratos perdidos 1 y 2*, ob. cit., p. 212.

Es la primera vez que me parece que me falla como lector<sup>6</sup>.

Creo que *La buena letra* es la novela más ajustada y certera de Rafael Chirbes. Un prodigio de narración y el embrión de toda su novelística. Porque la belleza y la verdad literaria van juntas en ella. También es la que nos resulta más cercana, por los lugares donde transcurre. Los mismos que vemos ahora y cuyo aire respiramos. Por ello pienso que es la mejor propuesta para acercar, en el aula, a un autor inmenso al alumnado joven. Un autor que comparte con ellos el paisaje de la huerta: «*eixe jardí esplèndid que des de Dènia fins a Vinaròs era el més bell del món, i la meua generació voraç hem fet pols*» ('ese jardín espléndido que desde Dénia a Vinaròs era el más bello del mundo, y mi generación voraz lo hemos hecho polvo'), como dijo en su Tavernes natal, en el discurso de agradecimiento por haber sido nombrado hijo predilecto en 2015. Un discurso en su lengua materna<sup>7</sup>.

Ese mundo que hemos arrebatado a nuestros hijos y que es imprescindible conservar, en la memoria al menos.

Rafael Chirbes a los tres años, ya leía empujado por un padre obsesionado por que su hijo ascendiera por la vía de la cultura. Y el libro en el que aprendió a hacerlo lo guardó el autor con mimo durante toda su vida. Escribía desde los cinco años. Y era apenas un niño de ocho cuando, tras perder a su padre, fue enviado a un orfanato en Ávila. Inició, pues, su larga marcha desde Tavernes, siendo muy joven.

El niño mediterráneo que había nacido y crecido junto al mar, entre huertos y en un clima suave, propicio al contacto humano, a las comidas al aire libre y a la vida en la calle, fue arrancado de su paraíso para recalar en las frías tierras castellanas en las que viviría muchos años. «Las hoscas tierras del interior», a las que sin embargo adoraba, fueron su paisaje cotidiano.

Y el desarraigo duele mucho. Como dice el poeta, Juan Gelman. Otro desarraigado:

No debiera arrancarse a la gente de su tierra o país, no a la fuerza. La gente queda dolorida, la tierra queda dolorida.

Nacemos y nos cortan el cordón umbilical. Nos destierran y nadie nos corta la memoria, la lengua, los calores. Tenemos que aprender a vivir como el clavel del aire, propiamente del aire [...] <sup>8</sup>

6 CHIRBES, R., ob. cit., p. 207.

7 CHIRBES, R., «En el nomenament com a fill predilecte de Tavernes de la Vallidigna», *Universo Chirbes. Anuario de la Fundació de la C.V. Rafael Chirbes*, número 0, año 2016, p. 15.

8 GELMAN, J., *Bajo la lluvia ajena, Notas al pie de una derrota*, XVI, Roma / 14-5-80. Libros del zorro rojo, Barcelona, 2009.

En esos años duros de formación, Chirbes lee a Blasco Ibáñez y, en sus descripciones, encuentra sus propias raíces. Así lo recuerda en su libro *Mediterráneos*:

Ya no vivía en Valencia y sólo volvía a mi tierra esporádicamente. Leí las páginas de Blasco en una ciudad castellana, y me trajeron, quizá por primera vez en la vida, un sentimiento que luego me ha acompañado en tantas ocasiones: la añoranza de pertenecer a alguna parte. También yo me reconocía hijo de aquella torpe abundancia sin alma, que en el espiritual y árido invierno de Castilla, a la sombra cecial de relicarios y sepulcros santos, costaba hasta imaginar<sup>9</sup>.

Después vino la universidad madrileña en la que se comprometió, para nunca dejar de ser «la voz de la verdad» como lo define Jorge Herralde, lo que le costó pasar por la siniestra Dirección General de Seguridad. Aunque nunca le gustara recordarlo al escritor, y sí le gustara resaltar su tarea solidaria en barrios deprimidos para alfabetizar a los más débiles. En la universidad completó su formación sentimental y política de «heredero de la derrota» y portavoz de la herencia silenciada, como Ana en *La buena letra*.

Luego vinieron París y Marruecos, donde encontró las huellas de su infancia mediterránea:

Viví en Marruecos durante algún tiempo y allí, en un país de hombres que escriben de derecha a izquierda, los naranjos de Sidi Silimán me devolvían reflejos de los de Tavernes y Alzira (otro topónimo árabe: *alzira* quiere decir «la isla»). Luego me enteré de que, si se parecían tanto, era porque habían sido plantados precisamente por gente de esa tierra que es la mía: gente que escribe de izquierda a derecha<sup>10</sup>.

En *La buena letra*, Rafael Chirbes vuelve a las raíces, a aquel paisaje perdido en las nieblas de la memoria y recuperado a fogonazos en países hermanos. Y ese paisaje tenemos la suerte de compartirlo. Es el Tavernes que recordó emocionado en su Ayuntamiento, en 2015, cuando se le nombró hijo predilecto de su lugar natal: los maestros, los amigos de infancia, el cine, su casa, los huertos... Y también la solidaridad de la pobreza. El Bovra de sus novelas.

Y son los veranos en la playa Marineta Casiana de Dènia, el Misent de sus obras. Su paraíso y el lugar donde pidió que reposaran sus cenizas. Esa comarca que es «la nariz respingona que se moja en el azul de los mapas de España», nos dice. El paisaje atormentado donde las sierras caen sobre el mar. La sierra de Aitana es lo último que veían los que, como Alberti y María Teresa León fueron aventados por la intolerancia franquista. Por eso llamaron así a su hija.

9 CHIRBES, R., «Añoranza de alguna parte», *Mediterráneos*, Madrid, Debate, 1997, p. 36.

10 CHIRBES, R., «Ecos y espejos», *Mediterráneos*, ob. cit., p. 13.

Todos los viajes le sirven a Chirbes para leer mejor su lugar originario. Los naranjos de Marruecos le evocan los de Tavernes y Alzira, como ya vimos. Las plantaciones de azúcar de Colombia le traen el sabor de la *cañamel* de su infancia y de la Gandia de los Borja.

En las plantaciones de azúcar de Colombia encontré pedazos de una infancia mediterránea en la que los niños tomábamos como humilde golosina la «cañamiel», restos de una memoria de los tiempos en los que Gandía producía caña de azúcar, antes de que esa planta hubiera llegado a América<sup>11</sup>.

Y ve el eco de la belleza de Dénia en Creta, a la vez que lamenta la misma depredación de un turismo salvaje que iguala Venecia y la costa tunecina con la Dénia masificada. Y Benidorm es, para él, un inmenso taller humano donde se reparan las piezas de los mayores, gastadas por el capitalismo europeo.

Cientos de miles de ejemplares humanos de la tercera edad atraviesan el continente y recalán en este rincón del Mediterráneo para su hibernación. La ciudad se convierte en un gigantesco taller en el que se reparan junto al mar las piezas gastadas o rotas de la gigantesca maquinaria del capitalismo europeo, un gran almacén en el que se recogen los fuelles reventados en las minas de Gales, los manteles desgastados en los bares de Amsterdam, los tornillos que se quebraron a martillazos en Clermont-Ferrad, los vidrios ópticos que estallaron bajo la triste luz de un flexo ante un escritorio de un almacén de Hamburgo, las telas azules que las chispas de un alto horno del Ruhr quemaron<sup>12</sup>.

El encuentro con el Mediterráneo, para Rafael Chirbes, no es un fognazo sino una excavación. Esos lugares de su infancia son, confiesa, su «metro de platino e iridio para medir el tamaño y también la calidad de lo existente»: los viñedos de moscatel, olivos, naranjos, almendros y algarrobos que guardan el ritmo pausado del tiempo. Un ritmo que se ha destruido a golpe de cemento y grúas. «Como un malvado y destructivo encantador empeñado en sembrar de fealdad una comarca que había podido permitirse ser paradigma de armonía para mí y para tanta gente»<sup>13</sup>.

El deterioro del paraíso es, para él, un prototipo de la intrascendencia de la modernidad. Y le duele. Mucho. Porque la epidemia de la destrucción infecta, de cuando en cuando, a los habitantes del Mediterráneo:

Los habitantes de las orillas de este mar, aparcán la razón cada cierto tiempo. Las noches de Venecia se tiñen con las luces de los bombardeos del otro lado del Adriático. En esas noches volvía a recordar las bombas que caían medio siglo antes entre las viñas de moscatel de Denia y de las que tantas veces y con

---

11 CHIRBES, R., ob. cit., pp. 13-14.

12 CHIRBES, R., «Desde el Estado de bienestar», *Mediterráneos*, Madrid, Debate, 1997, pp. 148-49.

13 CHIRBES, R., «El tamaño de las cosas», *Mediterráneos*, Madrid, Debate, 1991, p. 125.

tanto dolor me hablaron mi madre y mi abuela<sup>14</sup>.

Y escuchamos la voz de Ana y de las abuelas María y Luisa en *La buena letra*, con la mirada puesta en el horizonte iluminado por los bombardeos.

Ya tarde, en medio de la noche, se escuchaba un estruendo remoto. Entonces sabíamos que estaban bombardeando Misent. Y yo pensaba en tu tía Gloria y en la abuela María [...] Entornaba la ventana de la habitación y miraba al cielo, en el que destellaba un resplandor lejano. Se oía un fragor sordo, como envuelto en un trapo, y luego venía un silencio parecido al que acompaña a las mañanas de nieve<sup>15</sup>.

Rafael Chirbes escribe *La buena letra* con casi cuarenta años. Es su tercera novela. Y lo hace en una época de dinero fácil, en un país que preparaba los fastos del 92. Donde el altivo ministro de economía proclamaba que España era el país en el que se puede ganar más dinero en menos tiempo. «Mi generación vendió sus ideales por un adosado o un BMW», afirmó en Gandía, en la presentación de *La larga marcha* en 1996. Había temas de los que era mejor no hablar. Pero un día nos cayó el vertedero encima, pillándonos a todos desprevenidos. A él no. Chirbes veía lúcidamente ese desastre hacía ya tiempo.

Lo ve en *La buena letra*, la historia de una mujer republicana que descubre la traición de su hijo y lo ve en *Los disparos del cazador* la historia de un padre fascista, constructor, hijo de republicano represaliado y padre de un hijo por el que se siente, a su vez, traicionado. Y también, *En la larga marcha*, la historia de la traición de su generación. Así confiesa el novelista, en el prólogo a *Pecados originales*, su dolor por la situación y su deseo de encontrarse:

Por aquellos días en los que los valores se invirtieron bruscamente, tenía la impresión de que no sabía quién era yo, ni en qué se habían convertido los demás. Escribí este díptico, que ahora aparece con el título de *Pecados originales*, para volver a encontrarme, porque tenía mucho miedo de hacerme daño, o de que me hicieran daño, o de hacer daño. Lo escribí por la misma razón por la que he seguido escribiendo novelas otros veinte años<sup>16</sup>.

En el fondo, confiesa Chirbes, *La buena letra* era una novela contra el decreto Boyer de abril de 1985, que permitía construir fuera de los planes urbanísticos. Y que luego perfeccionó Aznar, sin complejos. No es casualidad, pues, que, en estos años de traiciones en los que los de su generación vendieron su alma por dinero y sentía que

14 CHIRBES, R., ob. cit., pp. 125-26.

15 CHIRBES, R., *La buena letra*, Barcelona, Anagrama, 2016, 6ª ed., p. 24.

16 CHIRBES, R., *Pecados originales*, Anagrama, Barcelona, 2013, pp. 7-10. Prólogo firmado en Beniarbeig, 27 de junio de 2013 (p. 10).

se incubaba el huevo de la serpiente, Chirbes vuelva los ojos a su infancia y escriba *La buena letra*. Un escudo contra el desastre.

La legitimación se fundamentó solo en la proyección hacia el futuro, la modernización y la europeización, afirmaba. Era un tiempo en el que se olvidaba cruelmente la sangre derramada en una guerra reciente para defender la legalidad republicana, que había quebrado el golpe de Estado de Franco. Rafael Chirbes pretende fabricar con este libro un antídoto contra los dos grandes males que nos infectaban: la codicia y la desmemoria. Dos males que, aliados, nos han llevado a esta situación de derribo moral, político y social que padecemos. Y que Chirbes no sólo vio, sino que denunció sin descanso para los que quisieron escucharlo.

Se apodera de mí la urgencia de levantar algo contra todo esto, aunque no sea más que un frágil dique de folios. Algo que me salve, que salve retazos de cuanto he vivido, pedazos de quienes se fueron sin posibilidad de contar parte de la historia que compartieron conmigo, de quienes aún están pero ya han perdido toda esperanza, de mí, que amo y no sé cómo expresarlo, y sufro y tampoco sé compadecer.

Y esa necesidad se hace más imperiosa cuando veo la televisión, escucho la radio, leo los periódicos, oigo todos los lenguajes que nos envuelven avasalladores [...] que reconstruyen lo que nosotros y los que nos precedieron hemos vivido. Y hasta la calle por la que camino y la barra del bar en la que me apoyo llegan las risas de los programas de televisión, los aplausos de los concursos y los gritos de quienes ven los partidos de fútbol. Las palabras cínicas de los políticos, enseñándonos el forro de la historia como si fuera su superficie, escamoteando, mintiendo, y veo la íntima desesperación de quienes se cruzan conmigo en la calle<sup>17</sup>.

Y lo denuncia a través de una voz femenina, Ana. Dulce y dura a la vez. Encerrada en un mundo de sombras en el que pierde el contacto con una realidad que resultó falsa. Quiere apuntalar recuerdos para que remuevan el alma de los que no quieren saber de dónde vienen. Ciegos por el brillo del dinero, han perdido la capacidad de apreciar el verdadero valor de lo que importa.

Decía Balzac que la novela es la vida privada de las naciones, y Chirbes relata la historia de los años noventa del siglo XX a través de una historia privada que denuncia, más que mil proclamas, las contradicciones de una época. Para la anciana protagonista, la memoria es imprescindible, aunque duela. Necesita hablar de los muertos para que lo escuchen los vivos. Olvidar el pasado es una traición. La España del 92 traicionó ese pasado y silenció a muertos y vivos. Los lujos de una economía engañosa enterraron de nuevo, en cunetas y muros de cementerio, a los que lucharon por la legalidad. Y sellaron, también, la boca de sus herederos.

---

17 CHIRBES, R., «Última novela», en Anthony Percival (ed.), *Escritores ante el espejo. Estudio de la creatividad literaria*. Barcelona, Lumen, 1997, pp. 293-296 (pp. 293-294).

La humilde costurera Ana se pregunta para qué tanto sufrimiento si los que tenían ideales han perdido la guerra, la posguerra y hasta la Transición. ¿De qué sirve ser leal a unos principios, cuando hasta tu misma familia los traiciona? Y se oye la voz de Chirbes, doliéndose desesperado de la traición de su generación. Ana reprocha a los suyos que acepten humillaciones de sus verdugos. Chirbes parece hacerlo con los que, en 1992, no quieren recordar y humillan y desprecian los padecimientos de sus padres a cambio de poder.

Ana es traicionada por Antonio, que olvida las penalidades que por él han pasado para aliarse con sus verdugos. Por su marido, que renuncia a luchar por ella y su familia y se deja morir. Por Isabel, la altiva arribista que los usa para medrar. Y hasta por su propio hijo, que es lo que más le duele. Igual que a Chirbes le duele más la traición de sus antiguos compañeros de lucha, que cambiaron la dignidad por dinero.

Ana sufre más en la posguerra que en la propia guerra. Llega a añorar las bombas y el miedo, que le parecen amables al lado de la sospecha y la traición de los que ama. Una Transición imperfecta pisoteó los ideales de muchos, y quienes debieron defenderlos no lo hicieron. Y la idea de que nada queda es más dura que la derrota de 1939. La guerra trajo miseria y dolor, la Transición ha traído la indignidad del olvido. «Me acordaba de que tu padre me contó en cierta ocasión que los marineros se niegan a aprender a nadar porque así, en caso de naufragio, se ahogan enseguida y no tienen tiempo de sufrir»<sup>18</sup>, le dice Ana a su hijo, y se lo dice a sí misma esperando el final piadoso de la muerte.

Y se escucha al Chirbes pesimista, porque los malos ganan siempre. Pero que tiene la esperanza de que no callen nunca las escasas voces que, como él y Ana, son molestas y vigilan al poder hasta su muerte. Ana calienta su vida con recuerdos. Recuerdos vivos que se sustentan en la honestidad y la lealtad. Porque vivir rodeada de traiciones es duro. La protagonista cose recuerdos, como escudo, con puntadas de dolor. Se protege contra «la buena letra que es el disfraz de las mentiras»<sup>19</sup>. Disfraz que oculta la hipocresía y la traición que, en su vida privada, vienen de *ella*, la que no tiene nombre hasta muchas páginas después de empezar la novela. La Isabel de las bes y las eles como velas de barco, que esconde en su falsa cultura su falta de escrúpulos.

Chirbes, como vimos, dedica *La buena letra* «A mis sombras». Esta novela es una de las que lleva más carga biográfica del autor. Una de sus novelas preferidas y la más encriptada, quizá por lo que implicaba en lo personal. Es una novela de sombras, de susurros, al modo de la extraordinaria *Pedro Páramo* de Juan Rulfo. De fotografías

18 CHIRBES, R., *La buena letra*, Barcelona, Anagrama, 2016, 6ª edición, página 135.

19 CHIRBES, R., ob. cit., p. 133.

borrosas como la de la boda de Ana, paisajes de niebla, signos crípticos de nieve sobre cuerpos agonizantes...

Chirbes, como Ana, se ata a los recuerdos para no perder la memoria de lo que fue, de lo que fuimos. Para no olvidar lo que decide olvidar la historia oficial. «Historia oficial» que no se refiere a la producción de los historiadores, sino a las políticas de la memoria. Chirbes pensaba que carecemos de tradición *memorialística* en España porque nos falta una sociedad civil fuerte y culta. Hasta el año 2000 no se constituyó la primera Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica.

*La buena letra* y *Los disparos del cazador*, unidas en 2013 en el volumen titulado *Pecados originales* ya concedían en 1992 y 1994, respectivamente, un lugar principal a los testigos y a su experiencia como forma de conocer el pasado. En el prólogo, ya citado, de esta reedición, Chirbes nos explica su intención al escribirlos:

Quise que mis libros fueran algo así como una pila voltaica. En este par de textos busqué condensar heridas que dejó la guerra, las traiciones, los cambios de bando, la ilegitimidad de la riqueza acumulada durante todos aquellos años, pero también el sufrimiento, la lucha por la dignidad de los vencidos. La ilegalidad. Sobre todo quería dejar constancia de eso: la tremenda ilegalidad sobre la que se asentaba cuanto estábamos construyendo<sup>20</sup>.

Para Chirbes la novela es un modo de conocimiento. Y sirve para organizar el pesimismo. Para gestionar la realidad sin concesiones, aunque duela. Por eso en la edición de 2000 eliminó el último episodio de *La buena letra*: «No soy cura, ni psicólogo, ni político, no doy esperanzas, no engaño. No hago editoriales, sino novelas», nos dice tajante. El final de la edición de 1992 concedía que «el tiempo acaba ejerciendo cierta forma de justicia [...], acaba poniendo las cosas en su sitio». Diez años después, el autor considera semejante idea «una filosofía inaceptable, por engañosa», habida cuenta de que el tiempo agranda las injusticias. «Quiero librar al lector de la falacia de esa esperanza y dejarlo compartiendo con la protagonista Ana, su propia rebeldía y desesperación, que al cabo, son también las del autor».

Palabras que aparecen en la nota del autor a la edición aparecida en la editorial Debate (en esta edición suprime la última unidad narrativa de la novela, en la que «las dos cuñadas -Ana e Isabel- volvían a encontrarse tantos años después»)<sup>21</sup>. Y sus palabras proféticas duelen en este presente de 2022 que le ha dado totalmente la razón. La megafonía del poder, en palabras de Marta Sanz, casi ha ahogado la débil voz de los vencidos.

20 CHIRBES, R., *Pecados originales*, Barcelona, Anagrama, 2013.

21 CHIRBES, R., *La buena letra*, Madrid, Debate, 1992, pp. 7-8.

Y cuando me dicen que *La buena letra* es un libro de posguerra, pues no señor, es un libro del 92, publicado en el 92 y que habla del 92. Fíjate que «vamos a tirar la casa para hacer un solar en el que vamos a construir apartamentos» es el final de la novela. Y *Los disparos del cazador* es también el 92. «Estamos haciendo muchas obras públicas». «Estaréis ganando mucha pasta». «Papá, no seas basto. Son obras sociales». *La buena letra* sale de que, de repente, es la Expo de Sevilla, la Olimpiada de Barcelona, la movida de Madrid y yo digo «todo esto, lo que han pasado mi madre, mi abuela, mi padre, todo eso ha volado, ha desaparecido, ya no va a existir». Y es la necesidad de que exista<sup>22</sup>.

*La buena letra* tiene una estructura fragmentaria, como un rompecabezas cosido con recuerdos. Sus dos temas esenciales son la vida privada, el silencioso motor de la historia, según Balzac, y el recuerdo como aviso al futuro y refugio en el presente. Desde la dura y triste historia de la anciana, perdedora de una guerra y vapuleada por la vida, se narra la historia de un país entero. Porque Ana se define y afirma frente a la figura de su cuñada Isabel, que aplasta a quienes considera inferiores tras aprovecharse de ellos. Al igual que Chirbes se afirma contra el olvido pactado en la Transición.

Ana y Chirbes no perdonan que los arribistas hablen de *bienestar* para justificar la venta de la casa familiar. O de *bien* para justificar el mal definitivo que es vender el pasado. Pasado que se vincula con la casa como símbolo de identidad y patrimonio común. Nada importa a los arribistas. Sólo el buen pellizco, el solar, la especulación... La sombra de la traición es alargada y deja vacíos a Ana... y a Chirbes. Las palabras de Ana lo confirman:

A veces me paraba a pensar qué deprisa nos habíamos olvidado de todo. También pensaba que, en cuanto las cosas se quedaban atrás, dejaban de ser verdad o mentira y se convertían sólo en confusos restos a merced de la memoria. No había nada que salvar. El tiempo lo deshacía todo, lo convertía en polvo, y luego soplabla el viento que se llevaba ese polvo<sup>23</sup>.

Por eso ella habla, y él escribe. Para que el pasado no se esfume con ellos. Para intentar evitar el abismo del futuro. Ambos comparten la rebeldía como último recurso contra el mal. Ana se niega a plegarse a los deseos de su hijo. Chirbes nunca calló la verdad aunque le hiciera daño. Y decir la verdad lo convirtió en una isla, en palabras de Vázquez Montalbán. Un aguafiestas al que el tiempo dio la razón. Un profeta lúcido, y por eso, apartado. A nadie le gusta ver el desastre en tiempos de opulencia.

*La buena letra* es un *monodíálogo* de la narradora con su hijo, que implica fuertemente al lector desde la primera línea. Está formado por 56 brevísimos

---

22 Entrevista a Rafael Chirbes, realizada por BARJAU, T., y PARELLADA, J., *Ínsula*, núm. 803, 2013, pp. 13-21 (p. 17).

23 CHIRBES, R., *La buena letra*, Barcelona, Anagrama, 6ª ed., 2016, p. 103.

capítulos que van adelgazándose como si la voz de Ana se quebrara. Su aspecto es el de una confesión laica, un testimonio que adopta la forma de balance vital. El tono conversacional crea complicidad en el lector y lo acerca a la protagonista. Y en ellos, se entrecruzan subtemas como las heridas de la guerra y la primera posguerra. Subtemas que constituyen lo que podría ser una primera parte, en la que se incide en la represión, el sufrimiento y la dignidad de los vencidos.

La esperanza, el lento resurgir material y la aparición de la sospecha y la codicia, que hacen más daño que la propia guerra, constituirían la segunda parte. Y el final desolador, la tercera. Lleno de muertes físicas y psicológicas, de desesperanza y traición en grado sumo. Solo la dignidad se salva.

Ana interpreta su vida desde el final. Recuerda, sabiendo lo que ocurrió después. Y reflexiona sobre el pasado, conociendo el futuro: «del mismo modo que un huevo lleva encerrado un pollo ya desde el principio, las actitudes de la gente llevan dentro lo que van a acabar siendo, e incluso en sus rasgos más generosos puede adivinarse el embrión de sus defectos peores»<sup>24</sup>. La suave voz de Ana nos llega muy dentro. Y con ella, la voz del propio Chirbes. Su dura denuncia, su dolor, su lucidez, su desaliento quedan paliados por una dulzura que surge de las sensaciones y los sentimientos: el olor a madreselva, el del mar, los colores de los huertos, la sencillez de ser feliz con lo mínimo, la capacidad de amar para salvarse y para seguir luchando.

El estilo de Chirbes, siempre ajustado y certero, en este libro es de una rara perfección. Cada palabra, cada metáfora, cada anécdota encajan con precisión. Nada falta ni sobra. Y al leer, sentimos la caricia de una voz que desgrana amargas desgracias, sucias traiciones y bellos recuerdos. Sentimos el miedo de fusilamientos y bombardeos, el hambre, el frío, la miseria de los trenes atestados, la pegajosa baba de la sospecha, pero también la ternura de una madre con sus hijos, la alegría de comidas familiares, la satisfacción de los domingos antes de la llegada de la intrusa, antes del desastre final. Apenas una pausa entre dos desastres, pero que sirve a Ana para defender la dignidad y soportar la verdad.

Para Chirbes escribir era un trabajo, y lo pulía con esmero. Porque contar bien es alcanzar una misteriosa forma de verdad. Primero oye voces, observa, escribe algún diálogo —aunque Martín Gaité le reprochaba que no era lo que mejor hacía—, hace esbozos, establece relaciones y luego monta el puzzle. Lo más importante es el punto de vista, y eso es esencial en *La buena letra*. Cada novela exige un estilo. Fondo y forma son indisolubles.

---

24 CHIRBES, R., ob. cit., p. 33.

Escribir le procura consuelo. Pero Chirbes escribe siempre en busca del lector. Como dice en *Los disparos del cazador*:

Mis palabras no caen en un pozo, como las que pronunciaba Ramón en la soledad de la buhardilla, sino que se quedan vagando en el paisaje nevado de estas páginas igual que animales en un coto donde sonarán pronto los disparos del cazador. ¿Quién notará entre los dedos el rescoldo de calor de la pieza cobrada<sup>25</sup>?

«Si un hombre es un mundo, un libro es un hombre», dijo a los jóvenes en Zafra. Por eso hay que respetar mucho los libros, añadió. Porque son un hombre entero que se entrega. Un hombre que se expresa con palabras aprendidas a lo largo de los siglos. Por eso se deben respetar también mucho las lenguas. Nunca hay que burlarse de otras lenguas, de los que hablan de modo diferente. Un idioma es el almacén que recoge la experiencia de cada pueblo. Perder una lengua es perder la sabiduría de un pueblo. «Me ofende quien ofende y castra mi lengua materna», les dijo. Y les avisó, ya entonces, sobre ese desprecio altivo a las demás lenguas españolas, que se extendía como la peste, reavivando rescoldos de la dictadura franquista, al considerar que el castellano era la única lengua de todo el país. Y les contó, orgulloso, que nació en Valencia y que el valenciano era su lengua materna. El catalán de Valencia, lengua que recuperó emocionado cuando leyó el *Tirant lo Blanch*, el mejor libro del mundo según Cervantes. Porque emociona escuchar la propia lengua fuera de casa. Y sentía añoranza de haberla perdido para su escritura.

Pero su lúcida mirada establece claramente los límites entre lo que son las lenguas, y aquello en lo que las quiere convertir la guerra lingüística. Porque las lenguas son inocentes de todo pecado, y sólo las manchan algunos miserables que las usan de modo perverso. Rafael Chirbes hablaba así de este tema en una de sus últimas entrevistas:

Quando escucho a políticos valencianos insultar mi inteligencia hablando un castellano chulesco me arrodillo y rezo a san Juan de la Cruz, a Machado, a Max Aub, a Galdós [...] y me digo que el castellano no es propiedad de los herederos ideológicos de la Falange [...], sino que se trata de una lengua maravillosa que hablan millones de personas a las dos orillas del Atlántico y con una historia de escritores de España y de fuera que admiro. [...] Cuando otra parte de esos mismos insulta mi inteligencia y me revuelve las tripas hablando en un valenciano chulesco, tan altivo como ignorante [...] ni siquiera necesito encomendarme a nadie, sé que la lengua que hablan no es la mía, ni la de mi familia y amigos, ni en la que han escrito March y Martorell, que eran vecinos míos de la Safor<sup>26</sup>.

25 CHIRBES, R., *Los disparos del cazador*, Barcelona, Anagrama, 1994, p. 135.

26 «Conversa amb Rafael Chirbes», entrevista realizada por BERTOMEU MOLL, J.. Publicada en *L'Espill*, número 49, primavera 2015, pp. 140-152. La entrevista se publicó en valenciano. La traducción es mía.

España no es la que corrompió el franquismo hasta el punto de manchar hasta su nombre, es la que defendió fusil en mano mi padre y la de los que debieron abandonarla para no morir, como Max Aub o Cernuda. Madrid no es Esperanza Aguirre ni Aznar – gobernantes entonces –, es la ciudad martirizada y bombardeada durante tres años en la guerra, y que el mundo libre contempló admirado, sigue diciéndonos.

Chirbes sentía muy dentro la dualidad de escribir en castellano y haber aprendido el mundo en su lengua materna, el valenciano. Confesó que era consciente de que escribió *La buena letra*, *Los disparos del cazador* y *La larga marcha* en una lengua que no comprenderían sus protagonistas. Le dolía no saber escribir su lengua. Pero los cincuenta años de uso cotidiano del castellano le daba la ventaja de escribir en un idioma que no era el suyo materno, y ello le permitía distanciarse y cuidarlo con más mimo.

Ahora, gracias a la publicación de *La bona lletra*,<sup>27</sup> podemos reparar esa desazón del autor. La confesión laica de Ana puede ser leída en la lengua en la que su protagonista sentía y sufría. La poesía de la magnífica prosa de Chirbes permanece por encima de las palabras. Es más, cobra sentido nuevo porque la protagonista pensaba y sentía en valenciano. Y la comparación de ambas, que recomiendo, puede ayudar al alumnado a comprobarlo. Personalmente, al leerla en un código aprendido por mí y que no es el mío materno, he sentido en toda su extensión su rara belleza y la perfección de su estilo.

Muchas cosas han encontrado el lugar exacto que necesitaban. Y pienso que para los hablantes valencianos se multiplicará ese efecto. Porque la lengua materna siempre amplía los ecos de cada sentido, y las palabras llevan una carga sentimental suplementaria. Toda lengua tiene rasgos imborrables, como el sabor de los primeros frutos y las voces dispersas de la infancia. La obra es perfecta en castellano, y ahora tiene un valor añadido en valenciano. *La buena letra*, como dijimos, tiene en embrión el mundo de Chirbes al completo.

Ya hemos hablado del paisaje, y recomiendo leer, para profundizar en el tema, el magnífico *Mediterráneos* y también *El viajero sedentario. Ciudades*, donde Rafael Chirbes hace una hermosa y certera descripción de Valencia que titula «La malquerida»<sup>28</sup>. Chirbes afirma que «da la impresión de que a Valencia le pasa algo, de que no se quiere,

---

27 CHIRBES, R., *La bona lletra*. Traducción de Carles Mulet. Prólogo de Alfons Cervera, Gandia, Lletra Impresa Edicions, 2018.

28 CHIRBES, R., «Valencia. La malquerida (Julio de 1999)», en *El viajero sedentario*, Barcelona, Anagrama, 2004, pp. 295-301.

no se sabe muy bien por qué motivo», cuando muchos, como el británico Kenneth Tynan la definen como «la ciudad más maravillosa del Mediterráneo».

Recuerda con melancolía el paseo anual con su familia en la golondrina que recorría la dársena cuando era un niño y denuncia el desastre en los años sesenta y setenta.

Una ciudad empeñada en borrar de su topografía lo mejor de cuanto poseía: en derribar palacios, conventos e iglesias, saquear huertas y destruir perspectivas, como si quisiera pagar la culpa de haber sido feliz, carnal y laica en una España de relicarios y mojamás santas<sup>29</sup>.

Hemos hablado de la especulación salvaje que desarrollará en *Crematorio* y *En la orilla*. De la desmemoria, el desencanto y la traición que desarrollará después *La buena letra* en *La larga marcha*, *La caída de Madrid* y *Los viejos amigos*. De la importancia del trabajo en la escritura y de la lengua propia como patrimonio común. Y me gustaría destacar, además, varios temas que pueden abrir otros caminos al alumnado en ámbitos diversos, para entrar en el riquísimo mundo de Rafael Chirbes.

En primer lugar, la comida. El autor tuvo un trabajo estable en la revista *Sobremesa* y nos dejó, en ella, piezas excelentes en las que habla de la cultura gastronómica como parte de la propia identidad. En 1994, en el titulado «El tamaño de las cosas», tras mostrar su desolación por la destrucción del paisaje, nos cuenta que comer un arroz de pescado con amigos, le lleva a reordenar su sistema de pesas y medidas y a recuperar un código a partir del cual esta tierra volvía a ser su paraíso.

Un mediodía, acudí a la cita que había concertado con amigos para comer. La delicadeza en el punto del arroz, la suavidad de los pescados, el agrado de una conversación punteada con el humor y la inteligencia picante tan propios de los ribereños [...] me llevaban a reordenar nuevamente mi sistema de pesas y medidas ajustándolo según un código nuevo [...] Y, en su parcela, vigilados de cerca por los agudos colmillos de las excavadoras, los bienaventurados siguen celebrando cada día el rito de la charla [...] al tiempo que el mar frota los cantos de la playa<sup>30</sup>.

La comida es lo único que se salva del desastre. Porque la cocina es un juego de códigos que aleja al hombre del animal. Constituye una seña de tribu. En *La Marina* no se come igual que en la Safor. Y afirma que «la receta materna es la historia del comercio mundial metida en un plato»<sup>31</sup>. Y recuerdo, al leerlo, los viajes de las mujeres en posguerra a comprar arroz, azúcar, harina, en trenes atestados que describe en *La*

29 CHIRBES, R., ob. cit., p. 301.

30 CHIRBES, R., «El tamaño de las cosas», en *Mediterráneos*, Madrid, Debate, 1997, pp. 126-27.

31 CHIRBES, R., «Escribir la comida», publicado en el número 200 de la revista *Sobremesa*. Reproducido en *Universo Chirbes. Anuario de la Fundació de la C.V. Rafael Chirbes*, número 0, año 2016, pp. 55-56.

*buena letra*. Y las comidas en Misent con la abuela o los equilibrios para poder dar un vaso de leche a los niños. El pobre puchero y la falta de carne.

En el *Anuario de Cocina de la Comunidad Valenciana* dirigido por Antonio Vergara, Chirbes nos habla de los dulces de Navidad y Pascua, de la abuela como una bruja benévola, de las visitas al horno con cazuelas de barro, del arroz al horno para la cena de los hombres porque es el único que no se pasa. «Cuando lo recuerdo, aún se me hace la boca agua, y los ojos se me empañan con un licor sentimental»<sup>32</sup>, nos dice. Y describe el puchero del domingo frente al cocido castellano. Y confiesa que siente pasión por la geografía que lo lleva a la comida y a la historia de los pueblos porque en cada cucharada hay un esfuerzo humano<sup>33</sup>.

Reivindica los productos de proximidad frente a la tiranía de las multinacionales –en esto también fue profeta–, en un hermoso artículo de *Mediterráneos* sobre el Mercado Central de Valencia. Lo conoció de la mano de su abuela, tías abuelas y de su madre. «Su espacio bullicioso guarda todavía para mí el color, los olores y esa intocada alegría y malicia de la infancia»<sup>34</sup>. Reconoció este lugar, después, en el mercado variopinto de El Cairo, las especias y el sabor de la cazalla de los turcos: el raki. Un universo común de olores y sabores.

Para él la historia de la cocina es fascinante. Saber del trabajo y del esfuerzo de la producción alimentaria ayuda a respetar el trabajo ajeno. La historia gastronómica y de la cocina ayuda a desmontar tópicos. No es verdad que el azúcar venga de América, hace 500 años los Borja lo cultivaban en Gandía. Lo llevamos desde aquí, desde este lado del mar, repetía siempre.

Me gustó mucho lo que aprendí durante esos años (en *Sobremesa*). La historia de la cocina es fascinante: y saber de todo ese trabajo que exige la producción de alimentos en los que casi no reparamos mientras los consumimos: saber de ese esfuerzo te ayuda a respetar el trabajo ajeno: [...] además, saber historia de la gastronomía y de la cocina te ayuda a relativizar las cosas y a desmontar los tópicos nacionalistas. Creemos que el azúcar viene de América, cuando hace 500 años los Borja lo cultivaban en Gandía. El azúcar lo llevamos desde aquí, desde este lado del mar. O el café, que viene de Arabia, y ahora muchos piensan que es colombiano o brasileño, la historia del té es apasionante porque está en la raíz de la independencia americana, y cuando decimos tortilla española hablamos de patatas

---

32 CHIRBES, R., «Aquellos viejos hornos», *Anuario de la Cocina de la Comunidad Valenciana* de A. Vergara, reproducido en *Universo Chirbes. Anuario de la Fundació de la C.V. Rafael Chirbes*, número 0, año 2016, p. 22.

33 CHIRBES, R., «Pucheros, ollas, olletes y cocidos», *Anuario de la Cocina de la Comunidad Valenciana* de A. Vergara, reproducido en *Universo Chirbes. Anuario de la Fundació de la C.V. Rafael Chirbes*, número 0, año 2016, p. 57.

34 CHIRBES, R., «Añoranza de alguna parte», en *Mediterráneos*, Madrid, Debate, 1997, p. 31.

que vinieron de los Andes y el gazpacho andaluz lleva tomates y pimientos traídos de Américas<sup>35</sup>.

En segundo lugar, el cine. Ya en su citado discurso en el Ayuntamiento de Tavernes<sup>36</sup>, Rafael Chirbes se define como un pequeño cinéfilo. Iba al cine dos, tres y cuatro veces por semana y en el internado de Ávila se sentía superior a sus compañeros por haber visto antes de los diez años a Rita Hayworth en Gilda o a Silvana Mangano y la Loren. El cine era su vida. A los menores no les impedían el acceso a las salas incluso cuando proyectaban películas para adultos. Lo veían todo.

Recuerdo haber visto en el cine de verano de Tavernes a una Silvana Mangano en su esplendor en *Ana y Arroz Amargo*, siendo un cagón... me encantaban los musicales: *Cantando bajo la lluvia*, *Siete novias para siete hermanos*, *Un americano en París*, pero también las películas cursis de Luis Mariano, y las mexicanadas. «Ya adolescente, me entusiasmaron *West Side Story* (la vi cuatro veces en dos días), *My fair lady*, y fue toda una revolución la película de los Beatles, *Qué noche la de aquel día*<sup>37</sup>.

En el colegio de León, la película de los domingos se convierte en una sesión de cineclub semanal: tras la proyección, los curas preguntan a los alumnos por los aspectos formales.

Vi muy buen cine, mucho Hitchcock, mucho Ford, Ladislao Vajda, neorrealismo italiano... nos hacían distinguir las panorámicas, los contrapicados, los planos americanos, los fundidos y los encadenados... Debíamos estar atentos para localizarlos, porque luego nos preguntaban<sup>38</sup>.

Colecciona álbumes de películas y las limpiadoras le guardan programas atrasados y recortes de celuloide que él pasa a recoger por las mañanas antes de ir a escuela. Recuerda los rodajes que presenció de niño en el puerto de Dénia y las fotos con los actores. Un puerto virgen frente al contenedor en que lo han convertido.

Durante mi infancia asistí fascinado a aquellos rodajes que pusieron a un paso de casa las historias de bucaneros que había leído en los libros y visto en otras películas cuya realidad aún creía a ciegas. Hace treinta años, alguien decidió convertir el frontal de ese puerto en un muro de cemento y lo mutiló imperdonablemente<sup>39</sup>.

Y suena en nuestros oídos la voz de Ana hablando a su hija del pianista del cine mudo. Su sesión de cine los domingos, su admiración por las actrices y su vestuario.

35 «Biocronografía de Rafael Chirbes», en <https://rafaelchirbes.es/>, p. 11.

36 CHIRBES, R., «En el nomenament com a fill predilecte de Tavernes de la Valdigna, en *Universo Chirbes*», *Anuario de la Fundació de la C.V. Rafael Chirbes*, número 0, año 2016, p. 16.

37 «Biocronografía de Rafael Chirbes», en <https://rafaelchirbes.es/biografia/>.

38 CHIRBES, R., art. cit., p. 1.

39 CHIRBES, R., «El tamaño de las cosas», *Mediterráneos*, Madrid, Debate, 1997, p. 122.

El cine es el reducto de los sueños para los pobres. Porque es el envés de su día a día. Un lugar donde olvidar la miseria cotidiana. Un lugar donde recuperar el amor de un matrimonio tras la herida de la guerra. Aunque haya que cantar el *Cara al sol* al final, apretando los dientes. Hasta soñar se lo hacían difícil a los vencidos. Ese cine, despreciado por la Isabel altiva desclasada y trepa, es lo que salva a Ana y a su hija, como a tantos en la dictadura.

Cuenta Chirbes que descubrió la ciudad de Lyon en una lámina en la casa de Valencia de sus tíos abuelos emigrantes. Y compara su posterior relación con la ciudad a la que tienen los dos protagonistas de la magnífica película *Breve encuentro* de David Lean<sup>40</sup>. Y describe Roma, la ciudad que le activa el virus de la melancolía, con sus recuerdos del cine: Fellini, Rosellini, *Ladrón de bicicletas* o Visconti y Pasolini. Y Anita Ekberg se une al fantasma de los Borja por sus calles y fuentes. Una Roma que se ha desinflado como un globo y a la que han convertido en un parque temático<sup>41</sup>.

Y en el colegio de León devoraba revistas de cine. «Por aquellos años mi película favorita era *La escapada* y decidí que mi actor predilecto sería Vittorio Gassman». Descubre el nuevo cine español, del que hablan las revistas de entonces: Bardem, Picazo, Saura...<sup>42</sup>. En los años 70 se convirtió en colaborador de la revista *Ozono* y sus artículos de cine fueron una escuela de aprendizaje para cinéfilos<sup>43</sup>. En sus *Diarios. A ratos perdidos 1 y 2*, son brillantes sus comentarios sobre cine. Los recomiendo fervientemente.

Ya hay una magnífica adaptación a la pantalla de *Crematorio*. Una serie de Radiotelevisión Española (RTVE) dirigida y escrita por Jorge Sánchez-Cabezudo, protagonizada por Pepe Sancho y producida por Canal+ 1. Y el productor castellonense Fernando Bovaira, mano derecha de Amenábar, trabaja en el guion de una película basada en *La buena letra* que dirigirá Celia Rico, responsable de películas como *Viaje al cuarto de una madre*.

En tercer lugar, el trabajo, manual sobre todo. Ya vimos que para él escribir era un trabajo. Chirbes confiesa que el mundo de los trabajadores explotados la mayoría de las veces y olvidados, lo fascina. Le da seguridad en tiempos de confusión. Y lo comprobamos en *La buena letra*. Desde el trabajo de costurera de Ana, medio de vida y primoroso canto al reciclaje de prendas, hasta el de carpintero y ebanista de Antonio que sirve de cura a la desesperación y de ancla a la vida familiar. Hasta que se pervierte en manos de la Isabel

40 CHIRBES, R., «En el camino», *Mediterráneos*, Madrid, Debate, 1997, pp. 65-67.

41 CHIRBES, R., «El tiempo de los dioses», *Mediterráneos*, Madrid, Debate, 1997, pp. 159-161.

42 «Biocronografía de Rafael Chirbes», en <https://rafaelchirbes.es/biografia/>

43 Los 50 números de la *Revista Ozono*, se pueden visitar y descargar completos en PDF en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: <https://revistaozono.org/la-revista/>.

contable y corrupta, que empieza por sisar alimentos y acaba por robar la empresa familiar. Ella representa a esa casta de especuladores avaros que no es nueva, y que Chirbes, al visitar la ciudad de Génova, recuerda con los versos de Quevedo «que habló de ella, de Génova, como el lugar en el que el oro americano era enterrado tras su breve brillo ibérico»<sup>44</sup>.

El trabajo honrado da sustento, dignifica y no enriquece. El especulador no trabaja, solo mueve dinero y chupa la sangre de los trabajadores. Y rastreamos ese trabajo manual dignificante en todas sus obras, sobre todo en *Crematorio* y *En la orilla*.

He dejado para el final el tema de la mujer porque creo que es esencial en tiempos en los que se vuelve a poner en duda la igualdad. Y sin ella, no hay democracia. En la adolescencia se deben apuntalar los valores que igualan hombres y mujeres, y reivindicar un camino de conquista de derechos, que rompió el franquismo y que ahora quieren rematar sus herederos.

La mujer es la protagonista narradora de *La buena letra*. Una mujer adaptada al prototipo patriarcal. Siempre en casa, cuya madre se pierde su boda, porque debe estar en la cocina. Sin apenas instrucción, debe tomar las riendas de la casa y de la economía familiar, en la guerra y en la posguerra. Como hicieron miles de mujeres. Mujeres sin futuro, como la hija de Ana que quiere ser pianista y debe conformarse con destrozar sus manos en una fábrica de productos químicos. Mujeres con un destino cruel de madres y esposas. Con un hijo tras otro y con el título envenenado de reinas del hogar.

Pasados los años, y cuando ya había empezado a trabajar en la fábrica de productos químicos, una vez me enseñó sus manos estropeadas y me dijo con una sonrisa triste: «¡Y yo que de pequeña quería ser pianista!» A veces me acuerdo de sus palabras, cuando la veo incapaz de salir de esa burbuja a la que la vida la ha condenado, teniendo un hijo tras otro<sup>45</sup>.

La falsa mujer liberada, la de la buena letra, Isabel, no avanza en igualdad sino que interioriza modos masculinos como la seducción para trepar, la hipocresía y la zalamería como escudo y la falta de escrúpulos. Se alía con el poderoso y hasta se disfraza de beata al final de su vida.

Tenía miedo de que el negocio de la muerte no le resultara rentable y, durante algún tiempo, se volvió mística, acudió a la iglesia, recibió a los curas en casa y llevó a cabo obras de caridad [...] Su caridad consistió en suavizar aún más el tono de voz y en regalar trajes viejos e inútiles y algunas monedas, todo eso perfecta y cuidadosamente anotado en sus diarios, como anota céntimo a céntimo sus gastos en libros de contabilidad<sup>46</sup>.

44 CHIRBES, R., «Paseo por la vieja Génova», *Mediterráneos*, Madrid, Debate, 1997, p. 78.

45 CHIRBES, R., *La buena letra*, Barcelona, Anagrama, 2016, 6ª edición, p. 81

46 CHIRBES, R., ob. cit., p. 132.

Hoy podemos reconocerla en muchas de nuestras mujeres dirigentes en bancos y empresas. La falsa modernidad de Isabel no es más que el disfraz de las mentiras, y la propia Ana lo intuye cuando sufre al ver cómo la intrusa engatusa y disfraza a su hija.

En un par de ocasiones disfracó a tu hermana, y a mí me dio una sensación muy extraña: como si la niña fuera a escapárseme de las manos porque ella fuera a convertirla en una cualquiera. A tu hermana le prohibí que entrase otra vez en su cuarto, y yo me avergonzaba cada vez que la niña, de vuelta del colegio, nos encontraba a las dos allí dentro<sup>47</sup>.

Ese falso feminismo es muy peligroso. Ana, en su sencillez, es más avanzada que ella en su falso progresismo.

Quería que me maquillase, que me cuidase las uñas y que me atreviera a llevar sombrero. A veces me ha dado por pensar si no querría convertirme en una caricatura suya, en una muñeca boba con la que se podía jugar. Yo no le acepté aquel juego. Yo era ya una mujer, y me había trazado, o había encontrado, mi camino. Si no éramos cómplices, no podíamos ser más que enemigas<sup>48</sup>.

Ana forma parte de las mujeres enlutadas y silenciosas que viajan a las cárceles en la posguerra, intercambian productos a kilómetros de distancia... Detenidas muchas veces para castigar a sus maridos, hermanos o hijos. Su dolor, solidaridad y su complicidad no se parecían en nada a la falsa amistad de Isabel.

Las mujeres que íbamos de visita a la prisión nos reconocíamos a fuerza de vernos semana tras semana. Nos hacíamos encargos, compartíamos cacerolas y cocinas e íbamos perdiendo poco a poco el miedo. De vez en cuando, la noticia de nuevos fusilamientos rompía aquel equilibrio frágil que nos empeñábamos en inventarnos, pero enseguida nos poníamos nuevamente en marcha porque ya sabíamos que era necesario que siguiéramos viviendo<sup>49</sup>.

Trabajan en casa doblemente, cosiendo y cocinando, limpiando y administrando la miseria, en silencio siempre. Sobre todo si eran republicanas. Cuidadoras a tiempo completo de hijos y padres. Y queriendo para sus hijas un destino mejor que les impide la pobreza.

Toda desviación del prototipo sexista en las mujeres tiene su castigo social. Lo sufre Gloria por su alcoholismo, lo padece Ángela, la novia primera de Antonio... Y el desprecio y los comentarios de todo un pueblo persiguen a la *diferente* Isabel, la *miss*: «Alguien tuvo que decirle frases como las que yo me vi obligada a escuchar en

---

47 CHIRBES, R., ob. cit., p. 92.

48 CHIRBES, R., ob. cit., p. 95.

49 CHIRBES, R., ob. cit., p. 54.

alguna ocasión: “Hay que ver cómo habéis subido desde que ha llegado la ‘mis’ (así la llamaban en el pueblo). Se nota que viene de una familia de dinero”<sup>50</sup>.

Y también afecta a Ana que interioriza una culpa por algo que solo es sospecha, que no ha ocurrido y que ya la aplasta. La sombra del adulterio. El miedo más fuerte que el de las bombas.

De nada valían los sueños de la juventud. Yo estaba casada con tu padre, lo quería, y, sin embargo, no podía gritarle que me salvara. ¿Entonces? Yo sólo sabía que no puede nombrarse lo que no existe. Y nada existía: sólo una certeza resbaladiza como un caracol, un aceite que se escapaba entre los dedos y dejaba manchas<sup>51</sup>.

Y el silencio de su marido reproduce patrones sexistas. El hombre no llora, las mujeres son egoístas...

Una noche me abracé a tu padre y le dije que quería que volviésemos a estar solos él, tu hermana y yo, como habíamos pensado que lo estaríamos hasta que llegó la guerra. Se volvió del otro lado en la cama y me pidió paciencia. Luego, ya bostezando, dijo que todas las mujeres éramos igual de egoístas. Entonces me pareció una piedra, algo frío e insensible que, por más que me esforzase, no iba a poder calentar<sup>52</sup>.

Este mundo complejo y sencillo a la vez es el mundo que Chirbes tiene en su cabeza. Y quiere que nos llegue. El escritor recoge los deseos de muchos y los expresa en una sola voz. Es un hermoso proyecto en común.

Esa es la clave. Que ese mundo lo interioricemos como lectores, para perpetuarlo. Cosa fácil cuando, en nuestro caso, compartimos casa común: Valencia, Cullera, Tavernes, Gandia, Dénia, Calpe...

La lengua es un bien común y la literatura una parcela de ese bien que, con bellas palabras escritas, construye y perpetúa la naturaleza, el trabajo, el cine, la comida. Patrimonio de un pasado que ha traído este presente y que es imprescindible para construir un futuro. Ese patrimonio común en peligro se defiende, palabra a palabra, en toda la obra de Rafael Chirbes. Pero especialmente en *La buena letra*: una puerta hermosa, emotiva y cercana al mundo mediterráneo. Un mundo que es el nuestro.

Y una ventana abierta al pasado y al futuro. Creo que vale la pena abrir esa puerta y esa ventana al alumnado. Sé que es difícil, pero el esfuerzo merece mucho la

---

50 CHIRBES, R., ob. cit., p. 104.

51 CHIRBES, R., ob. cit., pp. 78-79.

52 CHIRBES, R., ob. cit., p. 79.

pena. «Quien no abre un libro, solo vive una vida. Y la vive dando tumbos, creyéndose único en los espacios más íntimos», dijo Rafael Chirbes a los alumnos en Zafra.

Para Chirbes, la literatura era una brújula imprescindible que adquirió en su juventud, como afirma en el obituario que dedicó a su maestro, Blanco Aguinaga.

Con Blanco aprendí la literatura como forma de conocimiento: colocarse ante el puro texto, sin retórica envolvente, y aprender, de paso, que el envite no es tanto situar un libro en su contexto, sino desentrañar el modo en que el contexto forma parte de la malla del libro. La literatura, como ineludible sismógrafo (o policía) de su tiempo.[...] A los jóvenes que nos habíamos educado en España, Blanco nos corregía la mirada refractándola en la del exilio<sup>53</sup>.

Conocer y leer a Rafael Chirbes puede enseñarnos a todos, y más a la juventud, a navegar en estos tiempos inciertos. En un mundo en el que la competitividad, la falta de escrúpulos, el egoísmo cruel y la desorientación zarandean a nuestro alumnado, la palabra de Ana-Chirbes puede ser un faro que ilumine el camino. Para ver la realidad sin concesiones. Porque la vida es dura, y el sufrimiento individual inútil.

Solo nos salvarán los proyectos en común. Y leer juntos a Chirbes en el aula puede ser un buen comienzo.

#### BIBLIOGRAFÍA

- BERTOMEU MOLL, J., *Conversa amb Rafael Chirbes, L'Espill*, núm. 49, 2015, pp.140-152.
- CHIRBES, R., *La buena letra*, Madrid, Debate, 1992.
- , *Los disparos del cazador*, Madrid, Debate, 1994
- , *Mediterráneos*, Madrid, Debate, 1997.
- , «Última novela», en Anthony Percival (ed.), *Escritores ante el espejo. Estudio de la creatividad literaria*, Barcelona, Lumen, 1997, pp. 293-296.
- , *El novelista perplejo*, Barcelona, Anagrama, 2002.
- , *El viajero sedentario*, Barcelona, Anagrama, 2004.
- , *Pecados originales*, Barcelona, Anagrama, 2013.
- , «En el nomenament com a fill predilecte de Tavernes de la Vallldigna», *Universo Chirbes. Anuario de la Fundació de la C.V. Rafael Chirbes*, número 0, año 2016, p. 15.
- , *La buena letra*, Barcelona, Anagrama, 6ª edición, 2016.
- , *La bona lletra*, Gandía, Lletra Impresa Edicions, 2018.

---

53 CHIRBES, R., «Carlos Aguinaga, el sabio que me enseñó a leer», *El País*, 13 de septiembre de 2013. [https://elpais.com/cultura/2013/09/12/actualidad/1379022609\\_840589.html](https://elpais.com/cultura/2013/09/12/actualidad/1379022609_840589.html)

- , *Diarios. A ratos perdidos 1 y 2*. Prólogos de Marta Sanz y Fernando Valls, Barcelona, Anagrama, 2021.
- , *Universo Chirbes. Anuario de la Fundación de la C.V. Rafael Chirbes*. Núm. 0, año 2016.